

PARA SABOREAR DURANTE LA SEMANA...

“Amar es dejar al otro ser él mismo sin obligarlo a adaptarse a nuestra imagen. De lo contrario, amamos sólo el reflejo de nosotros mismos que vemos en él”

Thomas Merton



George Dimitriev, La luna y el mar, 2007

PARA LEER...

BERMEJO, J.C., Más corazón en las manos. Misericordia y Humanización. Sal Terrae, Madrid 2016

Para recibir este material en tu casa escribe a
Servicio de Atención Espiritual
–Centro San Camilo- Tres Cantos, Madrid
xabier@sancamilo.org



De domingo a domingo

Año VIII. HOJA nº 237 - Del 10 al 16 de Abril de 2016

La iniciativa



Jesús resucitado va al encuentro de los discípulos en el ejercicio de su misión, simbolizada por la pesca. Es verdad que la pesca no da fruto cada día; hay noches en que no se pesca nada y en cambio, en un momento, las redes se llenan. Los sinópticos dirían: la semilla acaba dando fruto. El Señor, aparentemente ausente, está realmente presente y comprometido en esta tarea. Sólo la docilidad a su palabra puede permitir abundancia y fecundidad. La fe es fiesta para

ser compartida. Una fe que no se comparte es una fe que muere. El testimonio que damos, el debate que sostenemos con los demás nos hace avanzar en nuestra propia fe. No hay duda que eso requiere mucho tiempo y respeto hacia el otro. No todo se transmite con palabras: están los gestos, las actitudes. Pero llega el momento en que es necesario explicarse, dar razón del fuego que nos anima. Jesucristo se convierte en alguien muy vivo para nosotros en la medida en que es aquel de quien hablamos. Y también en la medida en que tenemos que discernir algo de su Aliento, en su Espíritu, en la vida de quienes nos rodean. Si es verdad que Jesús, cuando asciende a los cielos, atrae a todos los hombres hacia él, eso tiene que dejar rastro.

Jesús va a su encuentro cuando se esfuerzan por arrastrar hacia tierra la redes sin que se desgarre la malla, es decir, sin romper la unidad de la Iglesia. Y no es fácil cuando el número de creyentes aumenta y se enfrentan las diferencias de los pueblos, de sensibilidad religiosa, cuando hay acentos diferentes en la manera de vivir en la Iglesia.

Nuestro encuentro con el Resucitado todavía no está lo suficientemente vinculado a nuestros esfuerzos por mantener juntos la unidad y la diversidad.

Unidad para manifestar que, si Jesús está vivo, también es motivo de reunión a su alrededor. Si no, Jesús es solamente una palabra, un recuerdo, un mensaje que cada uno recoge a su manera.

Diversidad para manifestar que, si Jesús está vivo, también continúa siendo él mismo y respeta y despierta la libertad de cada uno. De otra manera, Jesús no es sino una regla de vida de la que no nos tenemos que desviar o el modelo de antaño que sólo tenemos que copiar. El Señor reúne a los creyentes cuando

responden a su invitación: « ¡Venga, a desayunar! ». Este texto, se hace eco de la práctica de los cristianos de reunirse para la ración del pan, para la celebración de la Eucaristía. También en eso Cristo, que en apariencia está ausente, es quien realmente nos invita y nos da el pan para que lo compartamos. Esta invitación se nos continúa haciendo hoy en día. Todo ello se dice con una advertencia: un encuentro como este no tienen nada de automático. Ni es evidente ni demostrable. Nos tenemos que dejar llevar por la palabra de un desconocido, arriesgarnos en la respuesta, lanzarnos al agua.

La frontera es la articulación de los ventrílocuos que estallaron después de la migración de los osos polares.
 El puente entre los dos cielos.
 La conjunción de los mundos enfrentados.
 La línea que atravesamos y que sigue quemándonos las puntas de los dedos.
 La frontera nos pertenece.
 Sin ella dejarían de traslucir nuestros perfiles
 aquejados por la desesperanza de los claroscuros.
 En la frontera volvemos a existir.
 Nacimos para ser frontera,
 ladera de ancestros, estaca de revisiones.

Haciendo la caridad uno no se equivoca nunca

Camilo de Lelis

¡A jugar! ¡A aprender!

Busca 10 palabras de más de cuatro letras que aparecen en el evangelio de hoy: Con las letras que sobran obtendrás una frase. Si la descubres, envía la frase a este correo: dad@sancamilo.org.



E	P	N	O	C	S	A	S	I	B	O
N	E	E	S	U	L	A	S	A	C	O
S	A	S	S	N	O	N	R	N	O	S
S	A	E	L	C	E	C	N	E	C	O
M	J	T	O	Q	A	U	E	V	R	R
I	A	R	M	O	S	D	P	O	E	A
E	R	E	O	S	J	V	O	J	I	L
H	E	U	I	S	U	S	I	R	P	L
C	E	M	R	M	A	N	O	E	E	I
O	O	C	E	A	N	L	U	E	J	R
N	S	T	R	O	G	L	A	D	O	O

Frase anterior: Jesús se va apareciendo a todos sus amigos para devolverles la alegría perdida

EVANGELIO (Jn 21,1-19)

Lectura del santo Evangelio según San Juan

En aquel tiempo, Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Y se apareció de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás apodado el Mellizo, Natanael el de Caná de Galilea, los Zebedeos y otros dos discípulos suyos. Simón Pedro les dice: Me voy a pescar. Ellos contestan: Vamos también nosotros contigo.

Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada.

Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla, pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dice: Muchachos, ¿tenéis pescado? Ellos contestaron: No. Él les dice; Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis. La echaron: y no tenían fuerzas para sacarla, por la multitud de peces. Y aquel discípulo que Jesús tanto quería le dice a Pedro: Es el Señor.

Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque no distaban de tierra más que unos cien metros, remolcando la red con los peces. Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan. Jesús les dice: Traed de los peces que acabáis de coger.

Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red. Jesús les dice: Vamos, almorzad. Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor.

Jesús se acerca, toma el pan y se lo da; y lo mismo el pescado. Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos, después de resucitar de entre los muertos.

Después de comer dice Jesús a Simón Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos? Él le contestó: Sí, Señor, tú sabes que te quiero. Jesús le dice: Apacienta mis corderos.

Por segunda vez le pregunta: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Él le contesta: Sí, Señor, tú sabes que te quiero. Él le dice: Pastorea mis ovejas. Por tercera vez le pregunta: Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?

Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez si lo quería y le contestó: Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero. Jesús le dice: Apacienta mis ovejas. Te lo aseguro: cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas adonde querías; pero cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras. Esto dijo aludiendo a la muerte con que iba a dar gloria a Dios. Dicho esto, añadió: Sígueme.